

86
07-

Conferencia Historica

6
07

150

150

ARCHIVO FACULTATIVO DE ARTILLERIA

Indice por orden { alfabético
de materias

Estante 10

Tabla 2

Nº 39

Geografía

MUSEO DE LITERATURA MILITAR

ESTADO MAYOR



SERVICIO HISTORICO

EJERCITO ESPAÑOL

MUSEO DE LITERATURA MILITAR

ESTADO MAYOR



SERVICIO HISTORICO

EJERCITO ESPAÑOL

Inscripción	Colocación {	Sala
Glasificación		Estante 13
		Tabla 4
		Núm. 1.886
		-107-

BD2-3558

ML-R-140-C

1886/107

1886

107

CONFERENCIA HISTÓRICA



3452

EL DUQUE DE BAILÉN

H

PUBLICACIONES DE LA «REVISTA CIENTIFICO-MILITAR»

EL DUQUE DE BAILÉN

EL EJÉRCITO ESPAÑOL EN 1808

HISTORIA MILITAR DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

SUS CONSECUENCIAS

PARA LA ORGANIZACIÓN MILITAR DE ESPAÑA

CONFERENCIA HISTÓRICA PRONUNCIADA EN EL
ATENEEO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO DE MADRID
DURANTE EL CURSO DE 1885-86

POR EL TENIENTE GENERAL

MARQUÉS DE SAN ROMÁN

ARQUIDUQUE
FACULTATIVO DE ARTILLERÍA

BARCELONA

Redacción y Administración de la REVISTA CIENTIFICO-MILITAR y BIBLIOTECA MILITAR

CALLE DE BAILÉN, NÚM. 27

1886

Barcelona.—Establecimiento tipográfico de Fidel Giró, Cortes, 212 bis

CONFERENCIA HISTÓRICA

ARCHIVO
FACULTATIVO DE ARTILLERÍA

El Duque de Bailén. — El ejército español en 1808. — Historia militar de la guerra de la Independencia. — Sus consecuencias para la organización militar de España.

Señores :

¿Quién resiste al Sr. D. Segismundo Moret? Entre los socios de este ilustrado Centro que van á ejercitar su paciencia oyéndome, entre vosotros, repito, ¿hay quien sepa de alguna persona que haya podido contestar negativamente al Sr. Moret, cuando se ha propuesto satisfacer un deseo, entiéndase bien, en las relaciones sociales y ordinarias de la vida? Yo no la conozco, y añado que tengo por cosa más fácil privarse del trato encantador del Sr. Moret, que resistir á su insinuante palabra, maestro como es en el arte de seducir. Esto, más claro, quiere decir: que el Sr. D. Segismundo Moret me ha hecho el honor de buscarme para una empresa superior á mis fuerzas, y que de tal modo allanó todas las dificultades, que yo he tenido que rendirme á discreción. Ahora podréis explicaros mi audacia y hasta mi temeridad en presentarme á ocupar este asiento en el día de hoy, como la necesidad en que asimismo os halláis de concederme de antemano, pues soy víctima, toda vuestra benevolencia, que bien la necesito. Pidióme nuestro simpático y respetable amigo, con esa dulce y apacible candidez que le es natural, que os diera una conferencia sobre los cuatro puntos sencillísimos que vais á oír.

El Duque de Bailén: El ejército español en 1808: Historia militar de

la guerra de la Independencia: Sus consecuencias para la organización militar de España. ¿Qué os parece de la sencillez del tema? Al oírlo me sentí abrumado, y por abrumado completamente vencido, siendo cuanta resistencia opuse al peso que sobre mis hombros acababa de echar completamente inútil; y, como la salvación del vencido consiste en no esperar salvación alguna, culpa sea del vencedor si os presenta los despojos de mi pobre inteligencia y espíritu.

Mi espíritu, exhausto ¡ay! por los años, y afligido de profundísimo dolor, porque un soldado viejo nunca deja de llorar cuando se le ha muerto su Rey, Jefe supremo del Ejército. Si yo pudiera encerrar en un cristal cuantas lágrimas destila mi corazón y las que mis ojos han vertido á la memoria del magnánimo Rey D. Alfonso, tan inteligente y amable, y á quien merecí el insigne honor de que me apellidara su amigo, habría elixir bastante de consuelo para todos los tristes de la tierra. ¡Qué Dios le haya concedido el cielo que merecía!

Y puesto que lo que ha de ser forzoso y malo es preciso hacerlo pronto y breve, doy principio á mi tarea.

Antes de abordar los puntos de aquel tema, esme necesario preparar á mis oyentes con algunas consideraciones preliminares para llevarlos más fácilmente, y como si dijera por la mano, al conocimiento de aquéllos. Estas consideraciones se refieren, en lo histórico-militar, al siglo XVIII, á mi juicio no escrito todavía, incoloro é insignificante para algunos críticos de la historia general, y para mi objeto muy digno de estudio como precursor de los acontecimientos del primer tercio del XIX, á cuyo fin casi nos encontramos. La guerra de Sucesión había traído la dinastía francesa, heredera del trono español, por testamento del último rey de la casa de Austria en la Península. Su influjo se extendió por todo el gobierno del Estado y, por consiguiente, de sus instituciones todas, y no podían dejar de sentirlo con sello más profundo las militares. Con efecto, el estado militar de España se transformó por completo desde 1702 en que empezó la nueva legislación del Ejército, la nueva forma de su organización, de sus unidades armadas, de su táctica, de la nomenclatura de los cargos y hasta de sus uniformes, y poco más adelante de sus ordenanzas, ó sea el código fundamental de la milicia. El ejército español recibió la estructura francesa, y, preciso es confesarlo, implantada con mucha solidez y sabiduría. Nuestras tropas estuvieron mandadas, no por *Vandome*, *Berwich* y algunos

más generales extranjeros, como aconteció durante la guerra de Sucesión hasta las batallas de Almansa y Villaviciosa, sino por generales españoles distinguidos, aun cuando en su núcleo entraron muchos jefes y oficiales de extraña tierra que habían combatido juntos con los españoles. Pudieron batirse con gloria en Italia á las órdenes de los *Montemar*, *Gages*, *el Marqués de la Mina*, *Marcenado*, y otros, para complacer á aquella desdichada política que, sin tener muy en cuenta la razón de Estado, buscaba tronos y provincias en Italia para la Familia Real como desquite y compensación de tantas perlas como por la fuerza del tratado de Utrech se habían desprendido de la corona de dos mundos. Aquellas tropas y aquellos generales cumplieron gallardamente con su deber en todas partes, no sólo como soldados, sino algunos generales, cual el Marqués de la Mina con su leal consejo, que, á seguirlo la corte y los hombres de Estado, no hubiera esta desventurada Nación, que necesitaba reposar y reponerse de sus desdichas en el siglo XVII, entrándose en nuevas y descabelladas aventuras.

En ese mismo siglo XVIII teníamos nombres ilustres como el de *Ensenada*, creador de la fuerza naval más poderosa con que ha contado la España en tiempo alguno. Las fuerzas de mar y tierra se hallaban perfectamente asistidas, el Tesoro no gemía de miseria, nuestro material fijo y de plazas, tanto en la Península como en sus dominios, era respetable y rico ya en 1750. El gran rey Carlos III, un verdadero italiano, no sólo por su delicado gusto, sino por su ingenio, unido á un sanísimo juicio, iniciador de toda clase de reformas y progreso, al propio tiempo que velaba con verdadera solicitud sobre todos los ramos de la administración pública, no descuidaba un momento, y con la mayor preferencia, la conservación y el brillo del Ejército, recogiendo el fruto hasta el punto de que en nuestras campañas de la República y del Rosellón, lució de tal modo ante la opinión de la Europa entera, que legó á la posteridad los gloriosos nombres de los generales Ricardos y Caro como espejo de hábiles y entendidos capitanes. La Francia, vencedora de la coalición en sus fronteras del Norte, peleaba, sin embargo, con grandes apuros y era vencida en los Pirineos por aquellos generales, apoderándose el primero, con sus bizarras tropas, en junio de 1793, de casi todo el Rosellón. En la batalla de *Truillas* mostraron nuestros soldados su solidez y energía, y su general su habilidad consumada en el arte de la guerra, patentizando los españoles, en toda la campaña,

peculiares condiciones para el ataque como para la defensa. D. Ventura Caro, por su parte, en los Pirineos Occidentales, ostentó no menos su intrepidez y firmeza, manteniendo aquel Ejército la integridad del territorio, rechazando constantemente á los franceses y llegando hasta pasar el Bidasoa y poner su pie sobre tierra francesa, de donde no lograron ahuyentarlo. En la Navarra, como en todas partes, el arrojo de nuestros soldados causó admiración, que hicieron pública algunos de sus escritores.

El poder militar de España, pues, en 1800, consolidado por una buena organización, acreditada en las guerras del siglo anterior, de que me vengo ocupando, con su reserva á la española, localizada y respetable, de las Milicias provinciales, si no podía ser citado como de primer orden para lanzarse á grandes guerras por intereses políticos, ni en busca de conquistas, estaba perfectamente constituido para la defensa de un modo respetable, adecuado á sus fuerzas económicas y á las necesidades de su territorio. Con esto he querido explicar que la España de 1800, á no ser traidoramente sorprendida y casi maniatada, hubiera combatido con gloria, y quizá con éxito, en el comienzo de una guerra de invasión, siempre que apareciese anunciada y emprendida con franqueza, dados los elementos de resistencia con que contaba. Las operaciones primeras hubieran dado tiempo natural para reparo de nuestra flaqueza relativa y á que la vitalidad entera de la Nación hubiera acumulado todos sus esfuerzos, aumentando los ejércitos y sus recursos durante la misma pelea. Todo lo dicho hasta aquí basta para reseñar, satisfaciendo así uno de los puntos del tema, el estado militar de España de 1802 á 1808. Veamos más al pormenor, ahora, las fuerzas del Ejército.

Constaba de 87,200 soldados de infantería y 16,600 de caballería con 10,900 caballos, comprendiendo estos totales 6,900 artilleros y 1.200 ingenieros. La composición de toda esta masa era la siguiente. Estaba la infantería de línea organizada en 35 regimientos españoles y 10 extranjeros, de 3 batallones cada regimiento y de 4 compañías cada batallón. La infantería ligera constaba de 12 regimientos de un solo batallón de á 6 compañías cada uno.

Constituían la caballería 12 regimientos de línea, 8 de dragones, 2 de cazadores y 2 de húsares, con un total de 120 escuadrones. Había 4 regimientos de artillería de á 10 compañías cada uno, de cuyas 40 compañías 6 eran de á caballo, 17 fijas para el servicio de plazas y una de obreros para el de los parques, con un total de 6,500 artilleros y 300 caballos.

El cuerpo de ingenieros se componía de 173 jefes y oficiales, y 1,200 soldados, que formaban un regimiento de zapadores minadores. Constituían la Guardia Real 3 compañías de guardias de Corps, una de Alabarderos, un regimiento de Infantería Española, un regimiento de Guardia Walona y 6 escuadrones de Carabineros Reales con 3 batallones de á 6 compañías cada uno. Consta la Reserva de 43 regimientos de Milicias provinciales de un solo batallón, con los nombres de las poblaciones del distrito en que se reclutaban; y sus jefes y oficiales pertenecían á las familias más acomodadas y distinguidas de la provincia, excepto el sargento mayor y ayudantes, que pertenecían al ejército activo. Los soldados tenían el compromiso de servir diez años. Las milicias urbanas, que podían ser llamadas *segunda Reserva*, creadas por Cárlos III en los primeros años de su reinado, se componían de 114 compañías, destinadas á guardar las costas. Existían también 41 de inválidos hábiles, creadas por Felipe V, esparcidas por todos los ámbitos de la Península; y 85 fijas, de las que dos eran de caballería de guarnición en Ceuta.

Apoyábase el Ejército en un sistema defensivo de plazas y fortificaciones en todos sus dominios, bastante para sostener briosamente y con honor la bandera nacional. No podía, pues, ser sorprendida la España, hablando el lenguaje técnico militar, sin encontrar el invasor una resistencia considerable, proporcionada, por el momento, á los recursos y atenciones del país, y en el curso de los sucesos robustecida por los sacrificios que hubieran sido necesarios de parte de su gobierno y de sus habitantes. Constituído, como he dicho, su estado militar modesto, pero sólido y bien entendido, hubiera tal vez la España defraudado las esperanzas del ambicioso Bonaparte, á quien ni en poco ni en mucho estorbábamos la realización de sus sueños en Europa; pero los desaciertos de nuestra política exterior al comenzar el siglo XIX, comprometieron, trastornaron y debilitaron los elementos de fuerza y poderío que os acabo de presentar. No puedo menos, al nombrar aquellas fechas, de repetir lo que ya en otro sitio he dicho y publicado. «La política que presidió al pacto de familia continuaba, el esclarecido Floridablanca retrocedía al contemplar la marcha del pavoroso drama francés, y todavía, si después del sangriento desenlace del 21 de enero de 1793, hubieran sido escuchados los consejos del anciano Conde de Aranda, su sucesor, y no hubiéramos declarado la guerra á la República, no

habríamos tenido que aceptar la paz de Basilea y la pérdida de Santo Domingo, no se hubiera firmado en San Ildefonso la alianza ofensiva y defensiva, no hubiera perecido por ese infeliz tratado nuestra escuadra en Trafalgar, amarrada á los destinos de la Francia; y otra hubiera sido nuestra posición y nuestra fuerza para resistir los designios de Napoleon contra España, escritos ya fatalmente para él y para ella. Pero el Príncipe de la Paz prevaleció sobre Aranda. Comenzó por obedecer á un sentimentalismo por la corte que reprochaba nuestro interés como nuestra impotencia relativa; y su ambición, desvaneciéndole después, lanzó á este país en un abismo de desgracias. El haber declarado la guerra á la República es cosa evidente que nos trajo todas las consecuencias que terminan con la ocupación de España por los franceses.» Esta funesta política, en fin, nos había dado el amargo fruto de la expedición del Marqués de la Romana al Norte, pedida con verdadera necesidad por Napoleón en abril de 1807, con una división compuesta de 11,596 soldados de infantería, 2,700 caballos y 600 artilleros con 25 piezas.

¿Con qué más elementos de resistencia, sobre los ya enumerados, podía topar la formidable invasión francesa al comenzar el siglo presente? Científica y técnicamente hablando, debo decir que con ningún otro elemento móvil. Todos los libros de arte militar, todos los tratados de estrategia, y todos los aforismos de los grandes capitanes para vencer, están reducidos, lo diré familiarmente, á ir tres contra uno, ó, lo que es lo mismo, á que los ejércitos inferiores en fuerzas y en recursos, aunque se hallen bien mandados, son, por lo general, vencidos por los que les son superiores en ambas cosas y son bien conducidos. Con iguales condiciones y conocimientos, la mayor fuerza decide la victoria; y, viniendo al caso, la España militar hubiera sido dominada y aherrojada por falta de otros elementos auxiliares.

Existía, sin embargo, un elemento no militar, que ha existido y existirá perpetuamente en el país, tan desconocido para el invasor como para el invadido: el primero por ignorarlo, y el segundo por no conocerlo más que cuando lo necesita. Componían dicho elemento el hombre español de todos los tiempos y la naturaleza del suelo que pisa, más antigua todavía que aquél. Voy á exponer cuanto á mi juicio explica la fuerza de ese elemento. A ninguna influencia de raza determinada está sujeto el español, y menos á la de la raza latina, por lo que huelga el examen de la peculiar de un

pueblo tratándose del nuestro. Participa de todas y de ninguna con especialidad; y, aun pudiendo clasificarle dentro de alguna, no habrá manera de conseguirlo en la latina; porque de esta pobre raza, tan traída y tan llevada por los filósofos de la historia, tiene menos que de ninguna otra. El español de hoy es el propio español que habitó los mismos parajes antes de que tuviera lugar la dominación romana, y yo quiero probaros que el poblador de Numancia era completamente igual al de Zaragoza del siglo XIX. Ambos consintieron antes en morir abrasados ó de hambre que en someterse: el primero á los más originarios representantes de la raza latina, que eran los romanos; y el segundo, más recientemente, á otros también genuinos representantes en este siglo de la propia raza latina, que eran los franceses.

Discurramos. Dicen los sabios etnógrafos que los iberos vinieron al principio á poblar la tierra de España, y que después llegaron los celtas, razas ambas índicas que entraron por el septentrión, formándose con ellas la celtíbera. Celtíberos eran los defensores de Numancia. Siguiéron á estas inmigraciones otras de grande importancia, como la fenicia, que, viniendo del Oriente y de la soberbia ciudad de Tiro, famosa por su púrpura, mezclóse con la celtíbera, y más estrechamente con los habitantes de la costa, sin penetrar mucho al interior. Vencieron á los fenicios colonizadores y á los ejércitos cartagineses las legiones de Roma, codiciosas de las riquezas de España, donde se asentaron, para ellos sin duda, las Américas de aquel tiempo; y, aunque vinieron en forma de ejércitos, también se mezclaron con las razas primitivas y con la fenicia. Una nueva invasión de otra raza, no ya de ejércitos sino de pueblos armados del Norte, penetró en España: la raza goda. Esta raza y pueblo emigrante, buscando asiento, se mezcló y se confundió con todas las que ya existían en España, porque traía mujeres y familias, coincidiendo su establecimiento en la Península con la caída del imperio romano, que es como si dijéramos, para nuestro objeto, el imperio latino. Tres siglos duró el dominio de la raza goda, hasta que, por su decadencia y rivalidades de sus jefes, vino derrumbada al suelo á impulsos del primer famoso *pronunciado*; á quien la historia llama *el conde D. Julián*. Éste abrió las puertas de la España á otra raza que, procedente del desierto, vino por el Sur, vía diversa de la traída por las otras razas; la cual se apoderó por conquista de la España; y, como rendía culto muy especial á las mujeres, se mezcló, se dul-

cificó y se confundió con los pobladores; pero sin que desapareciera el tipo español, que se refugió allá en unos montes del Norte de la Península, á donde nunca llegó el agareno. De Covadonga salió el grito épico de resistencia, llevando los guerreros escrito en sus banderas por vez primera el concepto de la patria, que fueron conquistando palmo á palmo. Las razas todas que han desfilado en continuo batallar se clasifican, por fin, en amigos y enemigos de España, y se proclama sola como española, y abrazada con la cruz, la originaria que rodeó á Pelayo.

Después de siete siglos, esta gente, con varia fortuna, se hizo dueña del suelo entero y de su sociedad abigarrada, constituyendo la unidad nacional al concluir el siglo décimo quinto, sin perder un solo rasgo de su caracter en el presente que vivimos. Ahora bien: ¿me queréis decir qué tiene que ver el aragonés de Zaragoza en el siglo XIX, como ejemplar de una raza, con el celtíbero de Numancia, siglo y medio antes de la era cristiana, como ejemplar de otra, entre las cuales registra la historia cuatro razas por lo menos declaradas tales, para que hicieran lo mismo el hombre de la tierra de España que habitó Numancia, y el hombre de la tierra de España que habitó Zaragoza en 1808? Nada, según la expresión y condiciones que una raza determinada exige para que la comparación con otras se establezca; y, sin embargo, resultan exactamente iguales fisiológica y psicológicamente considerados los dos tipos, porque hasta con las mismas virtudes y dificultades pelearon y sucumbieron. Numancia era una ciudad tan importante, habida razón de los tiempos, como lo era Zaragoza, sin murallas, castillos, ni reductos; y Zaragoza una ciudad como Numancia, cercada de tapias, sin castillos, ni reparos; cerraron con ambas ejércitos poderosos, mandados por ínclitos capitanes; defendieron una y otra, con algunos soldados, todos los habitantes del pueblo; sucumbieron heroicamente las dos por el fuego y por el hambre.

¿Cómo explicar este misterio? Natural y sencillamente á mi parecer: por la virtud del suelo español, físicamente considerado; el cual comunica con su savia, con sus alimentos, con sus aguas, con su ambiente en la vida zoológica al hombre, aquella fuerza que, según el antiguo mito, comunicaba la tierra al gigante Anteo cuando la pisaba. Si todo mito procede, según me inclino á creer, de una realidad, Anteo debió habitar en España. Esta influencia del suelo engendra, por modo dinámico y sutil en el espíritu del hombre, ánimo

valeroso, resistencia á la fatiga, amor al hogar, independencencia de carácter, valor pronto y fiero, con todos los excesos de una pasión siempre latente bajo un aspecto tranquilo. Es el fenómeno tan notable, que la segunda generación del extranjero que aquí se avvicina, adquiere esas mismas cualidades que poseen los más antiguos habitantes por privilegio del país, que parece como escogido por el Dios de las batallas para sus hijos predilectos. Y no es esto exageración de mi parte, ni modo de decir mío, sino que, desde los historiadores clásicos de la más remota antigüedad que han hablado de los españoles, hasta el patriarca *Humboldt* y el geógrafo comunista *Elisée Reclus* en los tiempos que alcanzamos, reproducen y confirman, como con buril, estos rasgos de la fisonomía y carácter del pueblo español. Quiere decir todo esto, en suma, que el espíritu del español es todo pasión; pasión, resorte de su vida y causa de toda miseria.

La primera parte, pues, del elemento auxiliar que encerraba en su seno la nación española, que era el habitante, lo desconocía por completo el emperador Napoleón, que se halló con un pueblo dispuesto á la pelea en cuanto conoció el engaño y el propósito de dominarle. Contando sólo con los guerrilleros, auxiliares de los ejércitos, que pueden existir en otras partes, y cuyo retrato os ha de hacer magistralmente el autor de la *Historia de la guerra de la Independencia*, señor general Arteché, ni se consigue la victoria ni el levantamiento en masa de un país celoso de su independencencia. Napoleón se halló rodeado de un enemigo asestando la muerte á sus soldados en el campo, en la ciudad, en el alojamiento, en el magistrado, en el sacerdote, en la mujer y hasta en los niños, que empleaban, para exterminarlos, ora el ardid, ya la sorpresa, ya el puñal, sin remordimientos ni misericordia.

El fenómeno de que hablo ignorábalo también el propio habitante de España, nunca enterado de lo que pasó, pero apercebido siempre en el instante para repetir sus hazañas. Ni un solo espía español lograron tener los franceses en los cuatro años de la guerra de la Independencia, ha dicho un célebre escritor compatriota suyo.

Cuanto á la superficie que nos tocó en el planeta que habitamos, y es el factor segundo del grande elemento auxiliar con que la España contaba, era también tan ignorada de Napoleón como del mismo habitante. Era el Emperador un gran geógrafo, un consumado estratégico y extraordinario hombre de guerra, allanador de todos los

obstáculos que la fuerza y el ingenio pudieran oponer á su ambición; pero desconocía las excepciones, en la Península, de las leyes generales de la geografía y topografía. El morador tan sólo por instinto las comprende y utiliza en los momentos que le hacen falta. En la común creencia del extranjero, es nuestra Península un gran promontorio coronado por una alta meseta, y cuyas cuatro vertientes van á desaguar en los mares que la circundan, aislado de la Europa, aunque unido al Pirineo, si bien, para atribuirle alguna relación con las tierras del globo, nos hacen el honor, geográficamente hablando, supongo yo, de relegarnos á formar parte integrante del Africa. No ven, ni les importa, aunque más les hubiera valido á los franceses verlo en esta ocasión, la figura que á modo de una S forma la línea que separa las aguas que van á dar en ambos mares; no ven que sus ríos forman valles que se van abismando sucesivamente hacia las costas; no ven que sus montañas arrancan enanas del interior, y que, á la inversa de lo que generalmente acontece en Europa, se van convirtiendo en abruptas cordilleras entrelazadas, que aparecen gigantes desde los mares; no comprenden que geográficamente apenas podemos llamar valle al Guadalquivir, viendonos obligados á decir *curso del Tajo, del Duero, del Miño*, y distinguir al Ebro por su cuenca; no perciben, para concluir, que nuestras tierras llanas y cultivables se hallan en el interior de los senos montañosos entrecortados por ellos, y también en algunas zonas costeras, excepción hecha de Andalucía por el lado de Sevilla. Así se concibe que estas llanuras y las de Valencia se presenten abordables directamente desde la mar, siendo necesario, para penetrar en los interiores, atravesar montañas diversas, apareciendo cuencas poco menos que aisladas, que abrazan sólo el curso medio de los ríos principales: Ebro, Duero, Tajo y Guadiana; desprendiéndose los primeros afluentes de terrenos asperísimos, y muriendo en el mar á través de precipicios y quebradas en el último tercio de su curso.

Aun cuando estos rasgos particulares y característicos de nuestra Península están en contradicción con la geografía teórica general, no por eso son inexplicables. Nace la variedad topográfica de nuestro suelo de las condiciones del mismo y de la serie sucesiva de convulsiones y trasformaciones que ha sufrido hasta llegar á su equilibrio físico, presentando el rasgo capital de que, á partir del meridiano de Madrid, la mitad oriental registra todas las formaciones geológicas, cuando la mitad occidental se halla completamente desnuda ó

barrida de las superiores, cuyos *detritus* ó restos rellenan los senos entre las montañas, produciendo las entrecortadas llanuras.

Tales son el territorio y la nación que se propuso conquistar el Emperador en el apogeo de su poder en 1808; factores que juntos componían el elemento auxiliar extraño á la milicia de que os hablé y que no sé si he acertado á explicar según os ofrecí.

Con el aparato militar político é histórico que acabo de bosquejar, voy á describir tan sumariamente como pueda, y encerrándola en un marco por todo extremo reducido, la gran lucha, tercer punto que con el de la personalidad del Duque de Bailén, colocado en el primer lugar, se me ha señalado.

La justicia y la delicadeza me obligan, en llegando aquí, á cumplir el deber de declarar que ningún autor, entre cuantos han escrito sobre la guerra de la Independencia me ha servido de guía y faro, y con mayor autoridad, como la *Historia militar de la guerra de la Independencia* que hace años se halla escribiendo, con algunos tomos ya publicados, mi excelente amigo el señor general D. José Gómez de Arteche, á quien la patria deberá, cuando la obra colosal se halle terminada, un monumento de gloria y de gran vindicación contra indisculpables errores y graves injusticias sin conciencia vertidas en libros por historiadores extranjeros, desde Napier hasta Thiers.

Contando como aliada con la confiada España, se propuso el Emperador, para dominarla, principiar por conquistar primero el Portugal, pretextando el completar su plan de aislar á los ingleses y alejar su escuadra surta en el Tajo. En su ignorancia geográfica, repito, y de las condiciones físicas del territorio, supuso que sería fácil, ganando el Duero en su último tercio, pasar desde Ciudad-Rodrigo á Alcántara en el Tajo, y desde aquí penetrar sin dificultad hasta Lisboa por el valle de este último río. Para Napoleón no existían, sin duda, ni la fragosa sierra de Gata ni los peñascales de la Beira.

Entró Junot en España, como amigo, el 17 de octubre de 1807, con 20,000 hombres, pasando por Vitoria, Burgos y Valladolid á Salamanca y Ciudad-Rodrigo, desde donde acometió la empresa de trasladarse á Alcántara atravesando la sierra de Gata por el puerto de Perales, entre Peñaparda y Moraleja, en cuya marcha dejó diseminada, como era consiguiente, en el largo trayecto de la áspera divisoria entre Duero y Tajo, una cuarta parte de su infantería, la mitad de la caballería, y la artillería toda, á excepción de seis piezas

pequeñas de campaña que pudo arrastrar consigo á costa de mil afanes. Tantas penalidades no eran, sin embargo, sino el preludio de otras mayores que habían de sufrir los franceses, antes de llegar á Lisboa, al atravesar los terrenos graníticos de la orilla del Tajo, cruzando torrentes impetuosos, acrecidos con las aguas estacionales, por los senderos impracticables de las faldas y peñascos de la Beira, y sin medios de avituallarse en ninguna parte; todo esto á pesar de los auxilios que le prestaron en su marcha las tropas españolas estacionadas en Alcántara.

Por fin llegó Junot á Lisboa, el 30 de noviembre, con 1,500 granaderos y algunos jinetes portugueses que le acompañaron, dejando el resto de su ejército en el camino, esparcido en destacamentos que seguían al cuartel general según lo permitían el tiempo y la extenuación en que se encontraba el soldado, gracias á la ninguna resistencia del país. Así se realizó una expedición inconcebible, militarmente hablando, hasta concluir, al encontrar la primera resistencia angloportuguesa en Vimeiro, por someterse á la capitulación de Cintra, en la que perdió el ejército francés todo el objeto de sus trabajos, quedando en masa prisionero de guerra.

Otro capitán menos soberbio y más prudente que Napoleón hubiera aprendido ó escarmentado con este enorme fracaso. Aun era tiempo de retroceder, pero él siguió impertérrito sus descabellados planes. Sabido es que, inmediatamente después de la expedición desgraciada de Junot, pretextó la necesidad de un segundo movimiento sobre Cádiz, atravesando la España, para proteger contra los ingleses la escuadra francesa encerrada en aquel puerto desde el combate de Trafalgar, tan funesto como glorioso para España; pero sin abandonar su firme propósito, bien encerrado en su mente, de apoderarse de la Península, abocó al Pirineo 130,000 hombres de sus mejores soldados, organizados en cuerpos de ejército con órdenes combinadas y especiales que debían ser ejecutadas desde el momento de haber pasado la frontera.

Dupont, con 25,000 hombres, se situó primero en Vitoria y después en Valladolid; Moncey, con 32,000 hombres, se acantonó entre Vitoria y Burgos, resultando de esta combinación asegurada la posición de la meseta de Alava como base, y franqueado el paso simultáneo á los llanos de Castilla y á los del Ebro, teniendo por el pronto y ya suya la línea de operaciones principal sobre Castilla, combinación estratégica digna esta vez del capitán que la había con-

cebido. Cautelosamente, además, se situó Merle, con 7,000 hombres, en San Juan de Pie de Puerto, sobre el paso histórico de Roncesvalles, como fuerza frente al avance sobre Pamplona; y últimamente ocupó Duhesme á Perpignán, frente al paso natural de Porthus, con 12,000 hombres, dominando la frontera catalana, que tal era desde la pérdida desgraciada del Rosellón. Ambos generales habían recibido instrucciones aviesas, y todo esto sucedía sin contar con los cuerpos escalonados en Francia, como en reserva, en Burdeos, Poitiers y Orleáns. Los movimientos para esta imponente é insidiosa combinación contra un país amigo, inerme y confiado, no tardaron en ser conocidos. Dupont avanzó á Segovia, límite de las llanuras castellanas y centro de las montañas de Somosierra, sosteniéndole Moncey desde Aranda de Duero; Merle fué recibido en Pamplona sin recelo, así como Duhesme en Barcelona, dando por resultado nuestra ciega confianza, el que los franceses se apoderaran traidoramente de estas dos plazas de guerra, así como de las de San Sebastián y Figueras, situadas á retaguardia. Con tan impune maniobra hicieronse dueños de las clásicas puertas de los Pirineos occidentales y orientales; y, quizá debido al imperfecto conocimiento que tenía Napoleón de nuestra frontera, no se le ocurrió por entonces invadirnos también por el paso central de Canfranc, que le hubiera llevado fácil é igualmente á apoderarse de Zaragoza, haciéndose dueño de un golpe de toda la comarca del Ebro.

Contentóse Napoleón con asegurar la cuenca media del Duero y la línea de operaciones sobre Madrid, su punto objetivo, en el error de que la capitalidad del reino significaba en esta tierra lo mismo que París, Berlín y Viena en aquellas naciones, ocupándola Murat con su cuerpo de ejército el 23 de marzo de 1808, siempre fingiendo las más benévolas intenciones hacia los españoles.

Conocida la traidora trama por la forma descarada y pública de conducirla, recogióse indignado y con estupor el pueblo español, y bastó el grito desesperado de «¡que se los llevan!» lanzado por una mujer anciana, el 2 de mayo, al ver arrancar el último infante de la familia real del palacio de Madrid con dirección á Francia, para que cayera, como fósforo encendido sobre suelo sembrado de pólvora, la máscara francesa, y estallara la más desigual y sangrienta lucha en las calles de Madrid. Comunicado instantáneamente el fuego sagrado de la patria, prendió en el cercano pueblo de Móstoles, cuyo alcalde tuvo la gloria de ser el primero que llamó á las armas en

una proclama, principio del gran levantamiento, y de una celebridad, por cierto, para el lugarejo tan eterna, grandiosa y envidiable, que creo ha de acabar con la humilde de que goza por su órgano de algarabías. Con la velocidad del huracán continuó el alzamiento en las demás provincias de España, resonando su poderoso eco, no sin sorpresa, en todos los ámbitos de Europa y de las Américas.

Quedaba siempre á los franceses la posición de la cuenca superior del Tajo, y abierto el paso á la central del Guadiana, por medio del acantonamiento fortuito de las divisiones de Dupont en el Escorial, Aranjuez y Toledo. Con esto, teniendo en cuenta la sólida situación general adquirida por abuso de confianza y por sus amaños, se lanzaron desembozadamente á la conquista de la Península, que ya creían tener entre sus manos; y era tanta su ceguedad que no vieron levantarse por todas partes ejércitos españoles, y que surgían á la vez audaces y temibles guerrilleros.

El emperador Napoleón, acalorado y resuelto á dar cima á su empresa, dispuso y ordenó que su hermano José fuese Rey de España; que Dupont avanzara á ocupar la Andalucía; que Moncey marchase á tomar posesión de Valencia en combinación con Chabran, el cual desde Barcelona debía dirigirse asimismo á la ciudad del Cid por la costa, tomando, de paso, nada menos que á Tarragona y á Tortosa; que Lefebre Desnuettes, partiendo de Pamplona, ocupara el Aragón por Tudela, apoderándose de Zaragoza; y, últimamente, que Bessieres fuese á Valladolid para restablecer el orden en este centro estratégico de su línea general de operaciones. No dió, sin embargo, Napoleón, en su soberbia personal y en su arrogancia francesa, la menor importancia al movimiento que nuestras tropas operaban ya en Castilla la Vieja; y sucedió que Bessieres entró, sí, en Valladolid, pero teniendo que combatir en el puente de Cabezón y en Rioseco; Chabran se vió forzado á volver á Barcelona sin haber conseguido nada en Cataluña; Moncey, dirigiéndose por Tarancón y Cuenca, llegó á ver los muros de Valencia, abriéndose paso por las Cabrillas, pero se volvió por Almansa sin conquistarlos; Lefebre quedó detenido y atónito ante la inmortal Zaragoza; y, por último, Dupont, que se atrevió á trasponer la Sierra Morena y entrar en las llanuras de Andalucía, llegando hasta Córdoba para saquearla, después de romper por Alcolea, viéndose tan aislado y sin sus flancos protegidos, tuvo que pronunciar su retirada á Sierra Morena. Entonces fué cuando se le interpuso en las primeras vertientes el

bisoño y allegadizo ejército del general Castaños, que le obligó á capitular en Bailén y rendirse prisionero de guerra con todo el cuerpo de ejército francés que conducía.

Después de tantas y tan atrevidas marchas, me permito un alto á la sombra del bosque de laureles que ve mi fantasía en aquellos parajes, para exponeros algunas consideraciones particulares sobre esta brillante página de nuestra historia.

¡Bailén! ¡Castaños! ¡Campos famosos, nombre venerando y querido! Todo español lleva vuestro recuerdo en un altar dentro de su pecho. Grande es la injusticia con que por algunos se ha tratado de oscurecer el brillo de este renombrado hecho de armas. La rendición del ejército francés que había paseado sus águilas victoriosas por todo el centro de Europa, tuvo efecto porque no podía menos de sucumbir bajo el peso de las condiciones puramente militares en que le puso la pericia de nuestros generales á las órdenes del ínclito Castaños y el valor sereno de nuestras tropas. Por eso esta memorable batalla campal figurará eternamente en los fastos de la historia militar del mundo al lado de las más notables de los grandes capitanes. Sabida es la máxima de guerra de que «no es dable pelear con éxito, vencer, si no se tiene la seguridad de atacar al enemigo por el flanco, con probabilidades de cortarle la línea de retirada.» El bizarro ejército francés había tenido la grande audacia de abandonar su base de operaciones, de atravesar la Sierra Morena y de presentarse en Córdoba, en cuyo punto, dando por terminado su brillante alarde, detuvo el triunfal avance para reposar en sus cuarteles á retaguardia, desandando el camino que con estupor general se abrió antes, y que tenía seguro con una división situada en la Carolina, llave de los desfiladeros de la cordillera.

Descansaba tranquilo y concentrado el francés en Andújar para emprender el repaso de la sierra por su espaciosa carretera, cuando el ejército español se presentó en Mengibar sobre su flanco izquierdo, habiéndole ganado con rápidas marchas el terreno y la delantera. El general español no se contentó con esta ventaja. Su pensamiento iba más lejos, y era digno del valor de las tropas que mandaba. Dió por vencido de flanco al enemigo con su hábil maniobra, y se lanzó en masa á cortarle definitivamente su línea única de retirada, presentándole de frente la batalla en los campos de Bailén é interponiéndose resueltamente entre el grueso del ejército que marchaba y la división estacionada en la Carolina, para vencer al primero antes y rechazar después á la segunda.

El éxito debía responder á tan elevado concepto estratégico, preparado por el hábil movimiento táctico sobre Mengibar, si la formación de las tropas en la batalla se hacía conforme á estos preliminares del General y á ella correspondían las maniobras tácticas del combate propias de los mandos subalternos. Así sucedió con efecto: el General español no había dejado á la fortuna sino la parte que le pertenecía, y la victoria fué completa.

Los verdaderos principios de la guerra son inmutables; vence el general que los comprende y sabe utilizar las condiciones necesarias en cada caso para su exacta aplicación. De aquí nace la envidiable aureola de gloria que rodea á los que han sabido conducir triunfalmente los ejércitos.

La Prusia, recientemente no llegó á vencer por completo al Austria, después de la batalla de Sadowa, porque no pudo cortar á Benedek la línea de retirada á Florisdorf, donde volvió éste á reconcentrar el ejército austriaco, cubriendo en su campo atrincherado el Danubio y á Viena, y rehabilitando así, en parte, su nombre militar, comprometido en la campaña.

Si en la guerra franco-prusiana el cuerpo de ejército francés arrollado en Wœrth se hubiera retirado sobre los Vosgos, manteniendo esta posición de flanco mientras el resto de las fuerzas francesas se concentraba en Metz, los prusianos no hubieran hallado libre su línea de operaciones sobre Nancy, ni menos hubieran osado penetrar en la Champaña por el único paso de Toul, guardado, desde los tiempos de Julio César, por un campo romano. Pero las cosas pasaron de otro modo, y los prusianos pudieron repetir en la Lorena el hecho estratégico de Bailén, cortando con sus masas la línea de retirada de Metz á Verdun, y llegando, por fin, á idéntico resultado. Todavía el gobierno de Francia, en ausencia de Napoleón, que se hallaba á la cabeza del Ejército, aprovechó el inconsiderado avance del Príncipe heredero de Prusia, que se había prolongado hasta Troyes, y ordenó al ejército francés de Chalons que avanzando rápidamente se uniese á los bloqueados de Metz. Concentrados los franceses en tan ventajosa posición sobre la línea única y precisa de retirada de los prusianos, tal vez hubieran reproducido la famosa rota de Atila cerca de aquellos célebres campos Cataláunicos, y el principio militar que produjo la rendición de Bailén hubiera tenido otra comprobación y otro ejemplo para los hombres de guerra.

Preciso es confesar que nuestro caudillo de Bailén aparece con más brillo y más estatura, como maestro aquel día en el arte militar, delante del sombrío fondo de tantas faltas y catástrofes de nuestros días. Cuanto pudiéramos añadir sobre los servicios de Castaños, al principio y al fin de su carrera, no hace al caso. Ni por los anteriores ni por los posteriores al prestado en Bailén puede ser mayor su fama, puesto que la fortuna le negó mayores ocasiones de acrecentarla; pero es siempre interesante decir en pocas palabras quién era el hombre cuya figura y gloria se formó en una sola fecha.

D. Francisco Javier Castaños nació en Madrid el 22 de abril de 1758. Era su padre intendente general de ejército, y en recompensa de sus servicios concedieron á su hijo el empleo de capitán de Infantería cuando contaba diez años de edad. Estudió en el Seminario de Nobles, y empezó á los diez y seis sus servicios en el regimiento de Saboya. Asistió á la conquista de la isla de Menorca en 1781 como comandante, y en 1782 se halló en el sitio de Gibraltar. En 1784 ascendió á teniente coronel, y en 1792 á coronel por sus méritos y por la grande aptitud que mostraba para los mandos superiores. En 1793 peleó á las órdenes del Marqués de la Romana en los Pirineos Occidentales, y allí ascendió á brigadier. En 1795 fué promovido al empleo de mariscal de campo, y en octubre de 1802 á teniente general, nombrándole, al mismo tiempo, Comandante General del campo de Gibraltar, donde le sorprendió el alzamiento nacional de 1808. La Junta de Sevilla le ofreció en seguida el mando del ejército de Andalucía, que aceptó, y con él dió la batalla de Bailén. En recompensa de la victoria, la misma Junta le elevó á la dignidad de capitán general de ejército en 1.º de agosto. Vino á Madrid, y desde aquí fué á ponerse al frente del ejército que se hallaba en Tudela, encontrándose por los últimos días de noviembre de 1808 en la funesta batalla que lleva aquel nombre. Después resignó el mando y marchó á Sevilla y Algeciras, donde permaneció hasta que, por el fallecimiento del Marqués de la Romana, recibió el mando del 5.º ejército, llamado *de Extremadura*, con el que se halló en la batalla de Albuera el 16 de mayo de 1811. Durante la campaña de Napoleón á su vuelta de la isla de Elba en 1815, campaña llamada *de los cien días*, alarmada la España, mandó formar dos ejércitos de observación, de los cuales dió el mando de uno á Castaños, que con él ocupó á Perpignán, quedando después de Capitán General de Cataluña hasta 1820. Consumió sus últimos días en la corte,

cargado de honores y consideraciones que con afán le prodigaba el Rey y le mostraba hasta el último de los españoles, entre los que era tan popular como conocido por su venerable figura, su blanco uniforme del regimiento de Saboya, su historia y su incomparable grajeo. Exhaló el último suspiro abrumado por el peso de los años, pues murió á los noventa y cinco, con duelo general de todos sus compatriotas. La pompa fúnebre fué toda la que puede rodear á un héroe. Como veis, si nada hizo antes ni después de Bailén el vencedor de Dupont que engrandeciera su figura, tampoco le aconteció cosa ninguna que la empequeñeciera. Basta de Bailén. Perdonadme la digresión, y prosigo la reseña de las grandes etapas de la guerra.

El pánico invadió, después de Bailén, á los ejércitos franceses, ya reducidos á 60,000 hombres, y con el rey José á la cabeza emprendieron la retirada, abandonando cuanto poseían, á la meseta de Alava, con lo que terminó la ruidosa campaña de 1808; y, tratándose de abandonar, hasta dejaron aislado en Cataluña á Duhesme, que se hallaba sitiado en Barcelona por 25,000 hombres al mando de Vives. Con excepción de estas tropas bien empleadas, todas las demás de España siguieron la retirada de los cuerpos franceses, y llegaron á circunvalar la gran meseta de Álava, refugio no mal elegido por las aterradas huestes francesas. El ejército llamado de la izquierda, al mando de Blake, adelantó hasta Zornoza, en el corazón de Vizcaya, con 30,000 hombres; el de Extremadura, con 18,000, llegaba á Burgos; el del centro, con Castaños, de 22,000 hombres, ocupaba desde Tudela á Logroño; y el de Aragón, con Palafox á la cabeza de 13,000, había entrado por Ejea en Sangüesa. La Inglaterra, por su parte, al ruido de nuestras armas y primeras victorias, buscando por doquiera á su aborrecido enemigo el Emperador francés, dispuso el envío y desembarco de un cuerpo de ejército en Lisboa, el cual se había movido avanzando tan sólo á Sahagún, con bastante retraso por cierto, y eso que constaba de 25,000 hombres al mando de Sir John Moore.

Tal era la situación de los franceses y españoles tres meses cumplidos después de la batalla de Bailén. Obsérvese bien que nuestros cuatro cuerpos de ejército habían obedecido á un pensamiento común: el de acorralar y vencer á los franceses, arrojándolos al otro lado de los puertos del Pirineo después de desalojarlos de la estratégica meseta aun ocupada, centro y apoyo verdadero de invasiones; pero para esto era preciso un general en jefe que hubiera dado unidad al esfuerzo y al combate. El inglés, que hubiera podido tomar la inicia-

tiva, no se cuidó de hacerlo; y Castaños, desconociendo, quizá con excesiva modestia, su verdadera importancia después de la batalla de Bailén, y el prestigio de su gloria, no llegó á imponerse como debiera en nombre de la patria. Blake casi tocaba la línea única de retirada de los franceses; un paso más dado por los 108,000 hombres que rodeaban la meseta de Álava, y la batalla de Vitoria hubiera tenido lugar entonces, imposibilitando á Napoleón para la campaña siguiente.

En tan crítica situación se presentó en persona Napoleón con 200,000 hombres, entre los que figuraba su guardia imperial, en auxilio de los suyos, derramándose, como torrente de lava que todo lo arrolla, desde la renombrada meseta, cuyo acceso habían conservado libre. El 27 de octubre de 1808 entraba Ney en Logroño; el 31 batía Lefebvre á Blake en Zornoza; y, aunque se rehizo victorioso en Valmaseda, fué finalmente deshecho en Espinosa. El ejército de Extremadura era derrotado en los primeros días de esta segunda invasión, cerca de Burgos, por Soult y el Emperador en persona, que penetró después en Aranda y entró en Madrid, por capitulación, el 4 de diciembre. Lannes atacó y venció á Castaños y Palafox en Tudela el 23 de noviembre, y el 20 del mes siguiente ponía sitio á Záragoza, que no fué ocupada hasta el 21 de febrero de 1809, después de la más gloriosa defensa que registran los tiempos modernos. Sin obtener fruto alguno y batidos, habían, sin embargo, nuestros cuerpos de ejército cumplido todos con su deber peleando valientemente en sus respectivas posiciones. No se podía exigir lo propio del cuerpo inglés en Sahagún: su retirada era precisa; pero, ya que optó por dirigirse á la Coruña, debió defender la tierra haciéndose fuerte en los puertos del Manzanal y de Piedrafita, como lo hizo el Marqués de la Romana enriscándose en Cebadón, á pesar de las nieves, conteniendo la vanguardia francesa y ganando así tiempo para rehacerse en Vigo. Verdad es que al mover de Sahagún rechazó á Soult el 21 de diciembre, haciéndole perder terreno, y que se retiró con prudencia sobre Benavente y Astorga; pero los atropellos y saqueos que permitió desde los primeros pasos de su retirada en las poblaciones que cruzaba, no sólo exasperaron á los habitantes, sino que, perdida la disciplina y la moral de sus tropas, la retirada se convirtió en una fuga vandálica. Alejábanse los ingleses en la mayor confusión, abandonando sus trenes y desjarretando sus caballos: tan sólo en Lugo hicieron ademán de resistencia para sustraerse mejor á los franceses; pero vióse, al fin, obligado Moore á

combatir en la Coruña para salvar la vida de sus soldados al embarcarse, perdiendo él lastimosamente la suya en la batalla. La consecuencia fué que Soult y Ney ocuparan inesperadamente toda la Galicia.

Gouvión Saint-Cyr, á la vez, hacía levantar el sitio que tenían puesto á Barcelona nuestras tropas; y, fuera de estas pequeñas ventajas y la de la ocupación de Galicia por causa de la retirada y muerte de Moore, los franceses, con todo el genio de Napoleón, no habían conseguido sino repetir con más fuerza la misma irrupción, en las provincias españolas, de los meses anteriores, excepción hecha de las Andalucías. Con el fantasma de Bailén ante su vista, tan sólo emplearon el tiempo en reconocimientos y preparativos para cruzar la cordillera Mariánica, atónitos también de ver que renacían por todas partes los ejércitos que creían para siempre destruídos.

La guerra de Austria en 1809 obligó á Napoleón á abandonar á España, no sin dejar á sus tenientes un plan general de campaña tan singular y poco meditado como todos los que salían de su portentoso cerebro relativamente á España. Había de conquistar Soult todo el Portugal, partiendo de Galicia; debiendo Ney someter á ésta con Asturias; el ejército que sitiaba entonces á Zaragoza, después de conquistar esta ciudad quedaba encargado de sujetar á Valencia y toda la parte oriental de la Península; el mariscal Víctor, con su grande ejército, debía encaminarse por Extremadura á Sevilla y Cádiz, y dominar el Mediodía de España, ligándose en Badajoz con Soult, á quien suponía, en su fantasía, dueño y conquistador de Portugal, sin duda, con sólo presentarse; y en, fin, el rey José con 50,000 hombres contendría á Madrid, vigilaría las avenidas de Andalucía y de la Mancha, y apoyaría á Víctor en su cometido. Lanzáronse los generales franceses, con sus brillantes ejércitos, á cumplir los encargos que se les habían confiado; mas tan sólo recogieron un desengaño mayor que el de su primera campaña, según vamos á ver.

El mariscal Soult partió de Orense, entrando en Portugal por Chaves, y después de un mes de penalidades y de combates llegó á Oporto, extendiéndose sobre Viseu y Lamego; pero inmediatamente le arrojó de sus posiciones Wellesley sólo con sus maniobras sobre el Duero. Tuvo, por consiguiente, que retirarse por la sierra de Guimaraes, después de volar todo el material de guerra, y salir precipitadamente de la cuenca del Ave, atravesando la sierra de Santa Catalina por sendas de cabras, donde dejaron los soldados, sembrado

por el suelo, todo el botín de Oporto. Allí encontró dueños de Chaves á los portugueses, y se vió forzado á revolver por Ruivães y Montealegre, para encerrarse otra vez, desesperado, en Orense.

Blake, partiendo del Maestrazgo, venció al ejército francés de Aragón en Alcañiz; y habría entrado en Zaragoza, revuelto con los restos franceses, si se hubiera lanzado resueltamente sobre su línea de retirada, emprendida á lo largo del Ebro. Pero en lugar de hacerlo así dió un rodeo por Belchite, sin que se comprenda el motivo, perdiendo un tiempo precioso y dándosele á los franceses para rehacerse en la capital. Éstos en seguida salieron á su encuentro y le batieron al paso del Huerva en María, y luego en Belchite, enseñándole cómo se acosa al enemigo cuando se le lleva en retirada deshecha, que terminó por encerrarle dentro de los muros de Tortosa.

Por el otro lado, Wellesley con su ejército de Portugal unido al de Cuesta, obtuvo una gran victoria sobre el ejército de Madrid en Talavera de la Reina, que no llegó á utilizar por la timidez con que siempre se movía, receloso de verse cortado de su base de operaciones. El ejército de Soult, con efecto, acudiendo desde León sobre el puerto de Baños, se reconcentraba en Castilla junto á Ney, que había tenido que abandonar á Galicia y Asturias, forzado por las circunstancias; y sir Arturo Wellesley, pasando el Tajo, se refugió, por Extremadura, en Portugal, su fortaleza ordinaria.

El general Venegas acudió en son de guerra desde Andalucía atravesando la Mancha, y fué batido en Almonacid de Toledo por tropas francesas procedentes de la batalla de Talavera, volviendo su ejército á encastillarse en Sierra Morena. A fin de año volvieron estas tropas, con el general Areizaga, á repetir el desdichado movimiento sin haber aprendido nada, y fueron totalmente deshechas en las llanuras de Ocaña, sobre Aranjuez, antes de dar vista al Tajo. Esta operación no se comprende ni resiste á la crítica, por lo descosida y aislada, á no tener en cuenta que durante aquella guerra era traidor el general que no acometía pronto á los franceses, si era dueño de cualquier grupo de fuerzas, y en cualquier sitio.

Vencidos los ejércitos franceses en Oporto, en Alcañiz y en Talavera, aunque vencedores en Almonacid, el plan de Napoleón quedó sin cumplimiento. Por nuestra parte, tampoco las victorias que obtuvimos lograron el éxito que era de esperar por falta de inteligencia entre los generales, y de enlace en las operaciones. Cada cual obró por su cuenta, y hubo que dar gracias al fracaso de ambos be-

ligerantes, por el cual quedaron evacuados los reinos de Galicia y Asturias, y cortados los pasos á Valencia y á Andalucía, sin que las pisaran los franceses, que se mantuvieron en los mismos territorios que desde un principio habían ocupado. A excepción de Zaragoza, que continuaba en su poder, se redujo á la nada, según se ha visto, la colosal embestida de Napoleón en persona y todo su plan en absoluto.

En Cataluña sufrimos, es verdad, la pérdida de Gerona; pero logró esta ciudad inmortal, con su heroica resistencia, como Zaragoza, adquirir en la posteridad fama imperecedera, sin ganar en su asedio, que digamos, mucho crédito los capitanes franceses.

Reforzados de nuevo los ejércitos del Emperador con tropas que venían de Austria, abrieron la campaña de 1810, acometiendo la empresa de penetrar en Andalucía; pero esta vez, aleccionados ya con el desastre anterior de Dupont, por tres puntos distintos: Víctor, por Villanueva de la Jara, pasó por Almadén á Córdoba; Mortier, por Despeñaperros, fué á unírsele para seguir con el rey José á Sevilla, donde penetraron sin dificultad, pero quedando detenidos ambos cuerpos de ejército ante la formidable posición de Cádiz é isla de León, que había oportunamente ocupado el Duque de Alburquerque con las tropas que mandaba en el Tajo; Sebastiani atacó á su vez la Sierra Morena por Villamanrique, donde se hallaba mayor golpe de tropas españolas, venciendo toda resistencia; y después en Alcalá la Real. Desde allí se dirigió á Granada y Málaga, diseminando destacamentos por todo el país para contener las guerrillas de Ronda y Murcia, que, aquí como en todas partes, no dejaban punto de reposo á las tropas francesas, diezmándolas al pormenor. Debían coincidir con el anterior avance al Sur, en cuya empresa fueron empeñados 80,000 hombres de las tropas más aguerridas, un ataque á la plaza de Ciudad-Rodrigo por el mariscal Ney, que no tuvo éxito por falta de artillería gruesa, y otro que Suchet intentó también vanamente sobre Valencia, por cuya contrariedad se volvió al Aragón y se dedicó al asedio de Lérida, Mequinenza y Tortosa, que tanta sangre habían de costar á los franceses.

Esta campaña, si bien se observa, tampoco respondió satisfactoriamente á los proyectos de Napoleón; pues, habiéndose movido tantas fuerzas para ejecutar su vasto plan, únicamente consiguieron sus generales la momentánea ocupación de Andalucía, pero sin apoderarse de Cádiz, punto en blanco de la expedición. Ni siquiera

lograron asegurar los flancos de su línea general de invasión, rechazados como fueron en el Oriente y en el Occidente en Valencia y Ciudad-Rodrigo.

Causa sorpresa en esta guerra, y da idea de la falta de unidad con que la mantuvimos, el no haber desempeñado en ella un papel principal Soria. La antigua Numancia tiene sus montañas interpuestas precisamente en el ángulo de las dos líneas fundamentales de operaciones de los franceses sobre Castilla y el Ebro, con fáciles desembocaduras á entrambas líneas, así como sobre Madrid, todas á retaguardia, cuando el frente era inexpugnable, y nunca se presentó mejor ocasión para repetir las antiguas glorias españolas. Cierto es también que el capital objetivo del invasor en esta lucha era el territorio lusitano, gran reducto peninsular, en donde, encastillado el inglés con los portugueses auxiliados por los españoles, hacían impotentes todos los esfuerzos de Francia. Había Wellington sentado sus reales en la parte oriental de la frontera portuguesa entre Badajoz y Ciudad-Rodrigo, manteniendo este formidable frente sobre el Duero, el Guadiana y el Tajo, con estratégicos caminos al interior, desde Alfayates á Portalegre. En tales posiciones era dueño de cruzar el Tajo por las Portas de Rodao y de acudir rápidamente á las dos plazas flanqueantes, con la seguridad de quebrantar al enemigo que penetrase en el interior antes de llegar á ver á Lisboa.

Fatigado é impaciente Napoleón por tanta lentitud y tantas contrariedades, se decidió á un esfuerzo supremo, lanzando resueltamente sobre Portugal, donde Wellington seguía desde la batalla de Talavera, al más caracterizado de sus generales, á Massena, *el hijo mimado de la victoria*, que con 80,000 hombres, y después de tomar las plazas de Ciudad-Rodrigo y Almeida en 76 días de sitio, avanzó por el histórico valle del Mondego. En cinco días se concentraron los cuerpos de ejército franceses en Viseu, recorriendo desde la frontera un trayecto difícilísimo de 150 kilómetros. El día 27 de setiembre de 1810 embistió Massena de frente á lord Wellington, embreñado en la sierra de Busaco; y, no pudiendo forzar el paso, tuvo que rodearlo por la de Boyalvo, entrando al fin en Coimbra sin otro serio combate. Intentó continuar su avance sobre Lisboa, pero quedó paralizado ante las líneas de Torres-Vedras, formidable barrera de montes fortificados, cubiertos de artillería é inatacables. Lo propio aconteció á Soult frente á Cádiz y pantanosas llanuras de la isla de León, también fuertemente armadas y brillantemente defendidas por nuestras tropas.

En la campaña de 1811 caía Badajoz en manos de los franceses, pero vencíamos en Chiclana el 4 de marzo, y en igual día también emprendía Massena su retirada desde Santarem, por Pombal, á Fuentes de Oñoro, cerca de Ciudad-Rodrigo, donde fué batido, el 5 de mayo, por Wellington, á tiempo mismo que Castaños, Blake y Beresford daban la batalla de la Albuera y ponían sitio á Badajoz, aunque sin lograr el recobro de la plaza. Hallaron los franceses cierta revancha en esta campaña hacia el oriente de la Península, donde Suchet ganaba el bastón de mariscal con la conquista de Tarragona, y el título de Duque de la Albufera con la de Valencia, facilitada por la batalla de Murviedro y rendición de su castillo, tan heroicamente defendido hasta entonces.

Empezaba el año 1812, y, aún cuando casi toda la España Tarraconense y Bética se hallaba por acaso en poder de los franceses, seguían éstos, poco más ó menos, con la misma incierta y vacilante fortuna que la de las anteriores invasiones en las tierras llanas, y experimentando iguales dificultades para ocupar las regiones montañosas. La España lusitana, por esta ventaja topográfica, se mantenía y resistía íntegra, y los ejércitos franceses no volvieron á penetrar, en esta ciudadela natural, á pesar de tener en su poder las dos llaves de Badajoz y de Ciudad-Rodrigo. El 19 de enero asaltó Wellington esta última plaza; y su segundo, Beresford, tomó del propio modo á Badajoz, volviendo á marchar luego sobre el Águeda para rechazar una incursión tardía de los franceses por Castilla.

En junio avanzó, por fin, el ejército inglés hacia el Duero; y el 22 de julio tuvo lugar la batalla de los Arapiles, entre Salamanca y Alba de Tormes, límite de los llanos de Castilla, obligando á los franceses á retirarse hasta Burgos. Lord Wellington ocupó á Valladolid, pasando en seguida á su abrigo la sierra de Guadarrama para entrar en Madrid, que abandonó José, refugiándose en el ejército de Suchet. Soult abandonaba también el sitio de Cádiz; seguidamente toda la Andalucía se unía á su Rey en Almansa el 29 de setiembre, y con un ejército de 80,000 hombres pretendió cortar las comunicaciones de los ingleses con Portugal. Intento vano, dada la presteza con que abandonaron éstos el sitio de Burgos para retirarse á sus posiciones de Portugal por el consabido temor de abandonar su línea y base de operaciones. Sin embargo, alejado ya todo peligro de verlas comprometidas, rompió Wellington, el 24 de mayo de 1813, resueltamente, por las llanuras de Castilla, á la cabeza de sus

ingleses, de los españoles y de los portugueses; y avanzando por Burgos sobre la meseta de Álava, que por esta vez no conservaron los franceses en su retirada, los destruyó por completo en Vitoria, arrojando al Rey intruso del otro lado de los Puertos. Siguió á esta decisiva batalla, mal reñida por los franceses, la de Sorrauren, perdida igualmente por Soult, que retornaba por Roncesvalles para socorrer á Pamplona sitiada, sin haberlo conseguido.

San Sebastián fué tomado por nuestras tropas y las inglesas el 31 de agosto, dejando en el pueblo, estas últimas, un recuerdo tan horrible de su pretendido auxilio y amistad, que más valiera que no nos la hubieran prestado desde el principio, á trueque de no pasar ellos á la posteridad manchados con ese borrón y aborrecidos por los habitantes testigos de aquella pasada historia.

El mismo día 31 recogíamos los laureles de la batalla de San Marcial, y Wellington batía, tiempo después, los restos enemigos en Tolosa, estableciéndose sobre el Garona, y dominando por completo, desde tan clásica posición, toda la llanura francesa que se extiende por el Norte al pie de los Pirineos y tiene por límites los golfos opuestos de León y de Vizcaya.

Mientras concluían las últimas operaciones descritas, Suchet evacuaba paulatinamente el litoral del Mediterráneo, rëcogiéndose á los Pirineos orientales el 24 de marzo de 1813, y entrando en Francia por la orilla izquierda del Fluvia.

Hecha la paz en 30 de mayo, salieron los franceses de la Península, abandonando el 4 del mes siguiente á Figueras, que con el castillo de Hostalrich se hallaban aún en su poder.



Salieron sin dejar un solo amigo y sin haber tenido un solo auxiliar, los afrancesados inclusive, de los cuales necesario es decir algunas palabras, para que ni siquiera se oiga ya el odioso rumor de los que por fin se van. Han pasado más de 70 años, y es hora de que la historia haga su liquidación con las pasiones de aquel tiempo. Comprendíanse bajo este nombre dos clases de individuos: unos que llamaré *los afrancesados del miedo*, los cuales firmaron su adhesión al rey José, y seguían su causa, por temor á sus bayonetas y á perder sus bienes, con la misma facilidad y aplomo con que olvidaron después su flaqueza de ánimo y su débil complacencia; y otros

que nombraré *los alucinados de las reformas*, los cuales, menos sordos que la mayoría de la sociedad española al ruido de la revolución francesa, juzgaron que la dinastía del César moderno, mensajero de la buena nueva, traería las perfecciones y las grandezas de su administración y de su cetro, con que se labraría la felicidad de España. Eran estos últimos muy cultivados, aunque teóricos, y cultistas, además, de la antigua literatura clásica; pero con eso y todo no habían aprendido, ni por consiguiente hecho entrar en su espíritu, el *Dulce et decorum est pro patria mori* de Horacio: hé aquí su gran pecado. Los afrancesados no fueron traidores ni renegaron de la patria: cometieron un error en sus cálculos, punible tan sólo por haber vuelto las espaldas á los infortunios y heridas de la madre común; pero regresaron casi todos á sus hogares, dejándonos recuerdos de su mérito personal, que pasará en algunos á la posteridad, y una descendencia que por su españolismo é ilustración rescata cumplidamente aquella falta. Los afrancesados, para concluir, no pudieron causar daño á la España en la guerra, ni sirvieron á Napoleón para nada en ella.

El bosquejo de la lucha está terminado. Apenas si he podido encerrar en estrechísimo cuadro asunto tan grande, y me daré por contento si os puede servir de hilo y guía para un estudio detallado y á conciencia de esta memorable crisis española.

Dejo explicado que la falta de conocimiento de Bonaparte acerca de las dificultades que la geografía y topografía de nuestro país entraña, y la mucha mayor de la vitalidad y carácter peculiar del pueblo español, como he querido demostrar al principio, fueron parte muy principal para la resistencia y para la victoria; y queda demostrado que la España no consiente, al cabo de poco ó de mucho tiempo, la dominación extraña, y, sobre todo, que, por lo menos, siempre se defiende.

Ha concluído la guerra: cesa el fragor de las armas, reina el silencio, y deja la lucha, por herencia, á un pueblo de héroes, los campos yermos, las tierras encharcadas de sangre, los humos de los incendios marcando la ruta de la devastación y de la muerte, las ruinas por todos los ámbitos, la embriaguez de la victoria junto á las lágrimas de dolor por la hecatombe de miles de seres queridos, y la miseria extendiendo sus descarnados brazos y enseñoreándose sobre todos los hogares después de tantas y tantas afrentas y desventuras. Estas son las consecuencias físicas y morales que legan todas las

guerras, pero que borra el tiempo y tal vez son fecunda semilla en la tierra de renovación y juventud de lo perdido. La guerra, sin embargo, deja también, junto con el dolor y con las tribulaciones, otra impalpable é invisible semilla que fecunda en los espíritus y desenvuelve, aunque lentamente y tarde, cambios, modificaciones y novedades en las costumbres, en la manera de ser y en la fisonomía moral de los propios pueblos que conculca y asola. Y héme aquí, por modo natural y lógico de la historia, en el camino de tratar con la misma sobriedad, y quizá más á la ligera que de los puntos anteriores, de ese legado, ó sea de las consecuencias de la guerra en las organizaciones militares sucesivas, cuarto y último punto del programa que por mi mal me cupo en suerte.

Es incuestionable para mí que de la invasión francesa y de la guerra de la Independencia arranca una etapa marcada en la historia de la civilización española. No me toca entrar de lleno en cuestión tan vasta, que por sí sola exigiría un tratado sustancial histórico y estadístico acerca de la influencia que aquellos dos grandes sucesos tuvieron para el porvenir en la política, en la administración y en el desenvolvimiento de todas las fuerzas y cuestiones sociales; pero es un hecho que todo ha ido modificándose y trasformándose más á la francesa que á la española en nuestra patria, sobre todo desde la muerte de D. Fernando VII á fines de 1833.

Veinte años no más eran pasados desde la terminación de la contienda, y la faz universal del cuerpo político llamado *España* empezó á cambiar, según la marcha de esos tiempos lo demuestra y vuestros propios ojos han visto y están viendo. No puedo, repito, discurrir, ni aun con consideraciones generales, sobre la idea que apunto; y me limito á decir que no podían menos de sentirse, en poco ó en mucho, las consecuencias de la campaña en una de las instituciones del Estado, quizá la más importante, cual es la militar, para las organizaciones sucesivas del ejército. Si todos los ejércitos son, durante las guerras, vehículo y germen de ruina y estragos, al propio tiempo que de benéfico influjo, en el país que atraviesan ó donde se quedan, claro está que las tuvo, aunque por el momento pequeñas y de poca monta en nuestro Ejército, y que se desarrollaron más tarde en la época que alcanzamos. Tendré muy poco, pues, que señalar; porque, á decir verdad, tampoco traían grandes novedades técnicas aquellos guerreros del genio más grande de la guerra desde los tiempos antiguos.

Los ejércitos europeos, incluso el francés, se habían ajustado, desde el siglo pasado, al patrón prusiano de Federico *el Grande*. Del propio modo que la Francia se amoldó á él, lo hicimos nosotros al reorganizarnos en el reinado de Felipe V y sucesores, aunque bien podría yo tener el atrevimiento de decir que por lo que se refiere á organización y á preceptos del arte militar, completamente independientes de su maravillosa aplicación por el inmenso talento del gran Rey prusiano, fué de nosotros de quien tomó las lecciones el augusto Monarca, según sus propias y modestas palabras, que recogió de sus labios el general D. Juan Martín Álvarez de Sotomayor, confesión real y gloriosa para nuestro célebre é inmortal tratadista el Marqués de Santa Cruz de Marcenado.

Se ha dicho que Turena había inventado la brigada, y que Napoleón, en la guerra de Italia, había discurrido la innovación de doblar y desdoblar la brigada, resultando por ello la división y la media brigada como unidades de combate; pero todo ello nos era muy conocido y no introducía sensible alteración en nuestro mecanismo. El arte de fortificar que existía entre nosotros era el de Vauban, como en Francia; las tácticas y los reglamentos reformados en 1802, después de las ordenanzas, los cargos y sus nombres, los códigos en fin, eran, si no iguales, quizá mejores en España que los de Francia y Alemania. Ni siquiera tenían los modos de combatir los franceses el carácter de novedades para la nación que había empleado ya el tercio en el ejército del gran capitán en Italia, unidad que no era otra cosa sino la brigada moderna compuesta de todas armas, tercio desfigurado después de Rocroy y resucitado tan sólo por Turena con el nombre de *brigada*, pero de infantería ó caballería.

Nada, pues, se hizo, ni había que hacer, en los seis años que median desde la terminación de la guerra hasta el 20, en el orden militar. En los tres años constitucionales hasta el 23, fué tal la fiebre de variaciones á la francesa, más burocráticas que aconsejadas por la experiencia, que podría llamarse un indigesto fárrago de proyectos, en los que, á saltos, é impelidos sus autores por teorías de temprana y radical aplicación á los organismos de nuestro Ejército, sólo establecieron la confusión precursora de su olvido para volver en 1824 á los anteriores moldes. A la confusión siguió la disolución material, en parte, de nuestras tropas en el momento de la reacción. El ejército de Ballesteros fué disuelto, y los oficiales despedidos con la nota de

impurificados por haber cumplido con su deber; pero, como necesitaba el Rey un núcleo militar en que fundar sus propósitos políticos, creó una hermosa división de Guardia Real, compuesta de las tres armas y vestida al uso de la de Luis XVIII, sólida y de gran confianza. A su sombra y con su apoyo, volvió á organizar por la mano del general Llauder, llamando aquellos mismos oficiales honrados y desposeídos, un Ejército, aunque no numeroso, respetable y fiel; Ejército y Guardia Real que hicieron frente al carlismo desde las primeras horas del levantamiento en 1833, combatiendo con heroísmo y constancia hasta terminar los siete años de la primera guerra civil. Todo esto, por supuesto, tuvo lugar sin que pudiera llamarse consecuencias de la guerra de la Independencia en la fundamental organización del ejército español. Concluída aquella guerra civil, la España militar empezó á dedicarse con más formalidad á estudios nuevos de las instituciones militares, con tentativas de transformaciones tímidas y vacilantes por la suma importancia y trascendencia que comportan; pero el problema será resuelto marchando siempre adelante, aunque con la discreción que reclama la diferencia entre dos métodos que se disputan la excelencia, uno español y otro alemán, y sobre cuyo asunto me abstengo de discurrir.

He concluído; y, dando las gracias más profundas y sinceras á esta respetable y competente Sociedad por haberme hecho el grande honor de oír mis someros conceptos en materias tan vastas, he de dirigirle una súplica que mi vivo patriotismo, mi obligación de soldado, y mi experiencia política y militar, hacen brotar de mis labios. A vosotros todos los que estáis presentes, y que por vuestros estudios y vuestras aptitudes podéis algún día ser llamados á ocupar los primeros puestos de la Nación, y aun á dirigir sus destinos, me atrevo á rogaros que dediquéis un especial interés al examen y conocimiento de las instituciones militares, para que comprendáis bien la máquina é importancia de un ejército. Sin tropas más buenas por la calidad que por la cantidad, no podréis desenvolver vuestros ideales para establecer y conservar las libertades públicas, y es buen ejército el que reúne á una grande ilustración un material rico y completo; y tened, sobre todo, muy presente, que al mayor grado de libertad política corresponde el más extremado de rigor en la disciplina, y que con la libertad política no son incompatibles los ejércitos permanentes.— HE DICHO.





18
10